

ANTROPOLOGIA DEL VECINO

FRANCISCO AYALA *

EN las postrimerías de la Edad Media solía considerarse la estructura social como un orden inmutable, establecido de una vez para siempre por providencial decreto; y en este sentido, resultaba ser un orden *natural*; tanto, que se lo extendía a la Antigüedad, e incluso se lo aplicaba a los personajes de la Sagrada Escritura; así, el centurión de Cafarnaum y José de Arimatea pertenecían en opinión de los doctores, al orden de la caballería. Más aún, las jerarquías sociales (*Nunc orant, alii pugnant alii que laborant*) eran proyectadas desde este bajo mundo hacia la corte celestial, donde a ciertos santos, San Miguel, San Jorge, se les reconocía la dignidad de caballeros. . . Pero, poco tiempo después, con la crisis del Renacimiento, vemos inaugurarse, en cambio, un delirio de utopías. Se empieza a pensar entonces que la sociedad, cuyos fundamentos se han hecho inseguros y cuestionables, puede organizarse con arreglo a pautas de razón. Continúa pensándose en una sociedad perfecta, *natural*; pero ésta, en contraste con la tradicionalmente establecida, sería la establecida a base de principios racionales. Y en virtud de tal pensamiento, al que apenas pusieron freno pasajero las monarquías absolutas, el siglo actual y nuestra generación, con la llamada "experiencia rusa", entre otras, han presenciado un grandioso intento de configurar la sociedad a medida del deseo, y su correspondiente fracaso.

El historicismo que hoy prevalece, o aquellas corrientes de ideas que sin ser en rigor historicistas reconocen y respetan los fueros de la realidad histórica, nos impiden ahora incurrir en uno u otro extremo; y si, por una parte, descubren el carácter cambiante de la sociedad humana, cuyo edificio varía de lugar a lugar y de época a época, desautorizan por otra parte la ilusión de creer que el cambio social puede estar entregado a la libertad omnímoda de los hombres, y preservan de las tentaciones implícitas en tan sugestiva creencia. Pues se sabe bien que dicha libertad opera siempre dentro de condiciones concretas,

* Director de la Editorial Universitaria de la Universidad de Puerto Rico (actualmente en uso de licencia). Anteriormente dirigió los cursos básicos de Ciencias Sociales, en la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico.

que constituyen la posibilidad misma de su ejercicio, pero que el propio tiempo la limitan.

Determinar cuáles sean tales condiciones es una de las principales tareas que se propone ese conocimiento de los objetos sociales al que, por menos superficial y mejor matizado, nos complacemos en calificar de científico. Si alcanzamos a saber con cierta precisión y detalle la clase de sociedad donde vivimos, su organización y sus tendencias evolutivas, estaremos en condiciones de ejercer algún control sobre ella, y quizás nos ahorraremos los dolorosos y vanos esfuerzos inspirados en algún designio utópico, a la vez que logramos, quizás, corregir sus mayores inconvenientes.

Sería curioso ir siguiendo los rodeos mediante los cuales el conocimiento sociológico en general nos acerca hacia ese autoconocimiento que es, en el fondo, propósito y verdadera meta de toda sociología. Uno de tales rodeos es, sin duda, el de la investigación antropológica. Descubridores y conquistadores, mercaderes y misioneros que, desde el comienzo mismo de la expansión mundial del Occidente, han penetrado en el seno de sociedades ajenas a la suya (y lo han hecho —detalle importante, decisivo—, en una actitud “moderna”), abren el camino a los hombres de ciencia, quienes, provistos de un espíritu de sistema, aplicarían luego al estudio de los llamados “pueblos primitivos” su ávida, animosa e imaginativa curiosidad. A los esfuerzos de estos denodados sabios, y de los que después siguieron sus pasos, debe la antropología social las adquisiciones que hacen de ella hoy una rama del saber bien constituida, probablemente la más adelantada dentro de los estudios sociales, por lo menos en cuanto concierne a la organización del trabajo colectivo. Ahora mismo está publicando la Unión Panamericana, dentro de una serie de manuales técnicos, una “Guía de campo del investigador social” destinada en su primera parte a la Antropología, con el plausible propósito de proveer del catálogo de temas y el instrumental de conceptos usuales a los estudiantes que se dispongan a salir en procura de cosechas científicas. Fácil sería la crítica que apuntara a la futilidad última de códigos y recetas semejantes. Es cierto que con sólo su aplicación no pueden obtenerse muy brillantes frutos; que cada objeto de estudio reclama, según su índole particular, métodos adecuados; y que en un terreno como el de las realidades sociológicas, tan variadas, tan complejas y tan mudables, el esquema establecido y el lenguaje convencional sólo pueden prestar relativa ayuda. Pero, no obstante la validez de estas consideraciones, satisface comprobar que el elemento de aparato y rutina indispensable para toda colaboración bien organizada, y al cual debe tanto la investigación de las ciencias naturales, preparada y en grandísima parte cumplida en equi-

po, ofrece también aquí, en este sector de las ciencias sociales al que llamamos Antropología, su confortadora asistencia. Pues ella no impide, ni tendría por qué impedir, que sean personalidades extraordinarias quienes, poniendo a contribución su inventiva y su talento, aporten las grandes innovaciones mediante las cuales avanza la ciencia de etapa en etapa; al contrario, ese instrumental a su disposición, que traba quizás la dudosa creatividad del mediocre, será siempre de gran ayuda para el dotado...

Es, pues, el caso que, ahora, después de haber trabajado muy escolarmente sobre pueblos exóticos, y de haber descrito sus sociedades relativamente simples, algunas de esas personalidades eximias han empezado a dirigir la que pudiera denominarse una mirada antropológica hacia la sociedad propia, volviendo su vista sobre nosotros mismos, sobre el ambiente social del investigador, y aplicándole aquellos métodos que tan eficaces se habían mostrado para estudiar desde fuera tales o cuales sociedades "primitivas" en África, en América o en las islas del Océano Pacífico. Una muestra admirable, y todavía reciente, de esta arriesgada "conversión" es la que brinda el libro de Margaret Mead *Male and Female*¹ ("Macho y hembra"), donde el análisis de las relaciones y respectivos papeles sociales de los dos sexos en los Estados Unidos de hoy se les presta el fondo y marco de referencias ofrecido por las condiciones de varias sociedades "primitivas" en relación con análogo problema.

Por supuesto, son cosas muy diferentes el estudio que permite una sociedad total o cerrada, es decir, una pequeña comunidad autónoma del tipo "primitivo" o "simple", y la investigación intentada en el seno de una gran civilización histórica, en el interior de una alta cultura, cuya descripción difícilmente podría responder a las pretensiones exhaustivas de aquella Antropología social que con tanta exactitud retrata la guía de campo publicada por la Unión Panamericana.

Sin embargo, sus métodos se han aplicado también, con las correcciones del caso—no sé si practicadas en medida suficiente—sobre comunidades particulares dentro del contexto de alguna gran nación moderna y, por lo tanto, de la civilización occidental en su actualidad misma, tomando como objeto de estudio a un pueblo o ciudad que se considera de alguna manera típico, y sometiéndolo a las mismas investigaciones a que sometería el antropólogo a una población zúñi o maorí. El ejemplo, ya clásico, de esta genial conversión de los métodos antropológicos hacia dentro lo ofrecería el *Middletown* de Robert S. Lynd y Helen Merrel Lynd,² cuyo subtítulo, "Estudio de la cultura

¹ *Male and Female* (Nueva York: W. Morrow, 1949).

² *Middletown* (Nueva York: Harcourt, Brace & Co. [1929]).

norteamericana contemporánea", es bastante explícito; estudio realizado hacia 1924-25, cuando se padecían aún los efectos de la depresión, y completado años después con otro volumen, *Middletown in Transition: A Study in Cultural Conflicts*,³ que apareció en 1937.

Sobre el fondo de esos antecedentes deberemos considerar otros dos más recientes intentos, acerca de los cuales vale la pena permitirse algunas reflexiones. Me refiero a *The People of the Sierra* de J. A. Pitt-Rivers,⁴ editado en Nueva York, en 1954, y *Crestwood Heights* de John R. Seeley, R. Alexander Sim y Elizabeth W. Loosley,⁵ publicado, también en Nueva York, en 1956, con un prefacio de David Riesman, el celebrado y difundido autor de un admirable libro sobre "La multitud solitaria", que aún espera, creo, traducción española. La primera de dichas obras es fruto de la investigación llevada a cabo por un antropólogo inglés que a partir de 1949, trabajó durante tres años en el pueblo andaluz de Alcalá de la Sierra; mientras que la segunda fue preparada por un equipo de investigadores que, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, tomó como objeto de estudio un suburbio, o ciudad-satélite de clase media superior, situado en el centro de Canadá. Se trata, pues, de dos comunidades pertenecientes al mundo occidental; pero, por el resto, diferentes entre sí a más no poder, con todas las diferencias que median entre un "atrasado" pueblito serrano del sur de España y una flamante urbanización residencial en el ambiente "progresivo" de Norteamérica.

Las diferencias no consisten sólo en la índole de la comunidad estudiada, sino en su relación con el investigador; pues mientras el grupo que preparó ese proyecto-piloto de *Crestwood Heights* estaba integrado por personas del mismo idioma, del mismo país y de la misma clase social a que pertenece el suburbio estudiado, en cambio, el Sr. Pitt-Rivers es un joven antropólogo inglés, descendiente de una familia oxoniana muy distinguida en este tipo de trabajo, y por lo tanto formado en las tradiciones de la investigación antropológica de países y pueblos remotos; quien actuaba ahora en el ambiente de una comunidad incluida, sí, en el círculo de la misma civilización occidental a la que él pertenece, pero no obstante cerrada y extraña desde prácticamente todos los puntos de vista. Cuenta, en efecto, Pitt-Rivers que en Alcalá de la Sierra, donde abundan los apodos toponímicos, a él lo conocían por "el inglés"; y dedica enseguida algunas páginas a explicar su relación con el pueblo, problema de todo investigador social, del que también se hacen amplia cuestión los autores de *Crestwood Heights*, pero

³ *Middletown in Transition...*, *ibid.*, 1937.

⁴ *The People of the Sierra* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1955).

⁵ *Crestwood Heights*, (Nueva York: Basis Books, 1956).

que para ellos se plantea en términos muy distintos de los afrontados por su colega británico.

La lectura casi simultánea de ambos libros, tan parecidos en su intención, pero para todo lo demás tan diversos, me ha suministrado una experiencia bastante curiosa, y hasta —desde el punto de vista subjetivo— emocionante, al colocarme en situación de confrontar dos períodos de mi vida muy separados entre sí. Los “descubrimientos” y apreciaciones del antropólogo inglés aluden a una realidad que me es propia en un modo íntimo y radical, originario, pues Alcalá de la Sierra, el pueblo español descrito por Pitt-Rivers, pertenece a la región donde yo nací, y responde al tipo de tantos otros pueblos que he conocido en mi infancia; mientras que, por otra parte, el suburbio canadiense designado con el seudónimo de Crestwood Heights, pertenece a un tipo de comunidad que también he conocido luego en la Argentina y en los Estados Unidos, y al cual le cuadra el calificativo de moderno —sin que yo ponga en éste ninguna carga valorativa, para la que probablemente faltarían fundamentos serios. El estudio relativo a Alcalá de la Sierra comienza, según es de práctica en las descripciones antropológicas, por una ubicación de la comunidad, emplazándola en el espacio y en el tiempo, y trazando sus límites o perfil, y la red de sus relaciones con el resto del mundo. Si algunas críticas se han hecho al libro de Pitt-Rivers en el sentido de que tales conexiones no reciben de su parte suficiente atención, pudiera replicarse que tales críticas resultan puntillosas, si no ociosas, porque cuando el propósito es obtener una descripción particularizada, resulta inevitable que se relegue a un segundo plano, sin eliminarlos por eso, aquellos aspectos comunes que deberían destacarse en cambio si la perspectiva adoptada hubiera sido la de la historia nacional, inserta a su vez en la universal. Hay unos supuestos que el lector asume automáticamente para considerar más bien aquello que se muestra peculiar y distinto, quizás único. No diré que no hubiera sido interesante poner de relieve *también* los efectos del cambio sufrido por esa pequeña comunidad aldeana, en vida de la presente generación, por obra de acontecimientos nacionales e internacionales; pero es una intolerable costumbre de muchos críticos exigirle a los autores precisamente aquello que no se propusieron ofrecer, y no me gustaría incurrir en semejante odiosidad. Me parece satisfactorio, desde el punto de vista de los intereses científico-antropológicos, e intelectuales en general, que Pitt-Rivers haya hecho resaltar, sobre todo, la fuerza conservadora de una comunidad donde siguen viviendo y prevaleciendo muchos elementos arcaicos, y donde lo pre-nacional está lejos de haber sido desarraigado. No me refiero tan sólo con esto al *folklore*, que en todas partes subsiste, pero que artificiosamente suele transferirse a los

marcos nacionales; sino más bien a estratos de la conciencia popular que apenas se han incorporado a esa esfera. Para muchos lectores será una sorpresa enterarse, por ejemplo, del escaso sentimiento nacional que ahí muestra la capa más elemental de la población, el estrato social de la comunidad más pegado a la tierra. Y, sin embargo, es muy verdad lo que escribe Pitt-Rivers: "Ya se ha apuntado —dice— la actitud de la gente culta hacia el 'patriotismo de aldea'. Aun cuando sean hijos del pueblo y residan en él permanentemente, sus vínculos van más allá de los horizontes del pueblo. Se consideran a sí mismos como andaluces, pero sobre todo como españoles. Su patriotismo nacional es fuerte y emotivo en alto grado. Hablan al extranjero de sí mismos como 'nosotros, los españoles' y son sensibles en extremo a su opinión sobre España. . . Los que no tienen pretensiones de cultos, sin embargo, suelen hablar de sí mismos con el extranjero como 'nosotros de por aquí' o 'nosotros [los] andaluces'. No pretenden al hablar de sí mismos hacerlo en nombre de todos sus compatriotas, y cuando hablan de España, lo hacen sin un sesgo emocional. Por naturaleza, son alcalañeros y andaluces. Y resulta que por nacionalidad son españoles".⁶

Además, la hostilidad recíproca entre los diversos pueblos de la zona, bajo sus respectivos santos patronos, su organización de la rivalidad por parejas de antagonistas, el desprecio y la desconfianza hacia los forasteros, los apodos colectivos hirientes aplicados a los miembros de comunidades vecinas, son rasgos todos ellos que, aun cuando arraigan en actitudes psicológicas permanentes, recuerdan, por su forma sociológica, las características de aquellas comunidades llamadas primitivas, a las que dedicaron primero su atención los fundadores de la antropología.

En cambio, la comunidad norteamericana denominada Crestwood Heights representa el punto de evolución más avanzado de la "gran sociedad" occidental y, por lo tanto, su estudio debe valer más que nada como una descripción de las tendencias evolutivas de esta gran sociedad, por más que los autores de ese estudio se hayan propuesto aislarla y someterla al mismo tratamiento que aplicaría el explorador científico a una comunidad de Nueva Guinea. Crestwood Heights es un conglomerado de viviendas residenciales que en su concepción refleja las preocupaciones y aspiraciones de la clase media alta, dentro de un país cuya tónica social está determinada en parte muy decisiva por el origen inmigratorio de su población; y según lo ha visto recientemente un escritor inglés,⁷ responde a una especie de fútil utopía. El

⁶ *Op. cit.*, págs. 202-203.

⁷ William J. Newman, "Subtopia in America or the Businessman at Work and Play", *The Twentieth Century* (Londres).

vocablo que el crítico aludido ha compuesto para titular su artículo —subtopia— encierra, concentrados, varios aspectos de la situación que se propone evidenciar. Por lo pronto, la palabra *suburbio* no presenta en inglés la ambigüedad semántica a que en español se presta, con sus sugerencias de arrabal: el subtítulo *A Study of Culture of Suburban Life* no suena a nada que recuerde el sentido de *slum*, sino que por el contrario, sugiere, de un modo muy neto la imagen de esas realidades brillantes a las que también denominamos nosotros ciudad-satélite, ciudad-jardín, colonia, y de varias maneras más. Es un establecimiento humano nuevo, próspero y —como señala Newman, el autor del artículo citado— instrumento de la creciente desintegración social a la que hoy asistimos. Por lo tanto, nada que se parezca en su realidad, aunque tal vez sí en sus intenciones, a una “comunidad” propiamente dicha. . . Ya, para empezar, su dependencia física y funcional respecto de una metrópoli a donde van a trabajar y negociar diariamente quienes en el suburbio residen, hace ilusoria cualquier pretendida autonomía, y convierte la supuesta comunidad en una especie de *supermotel* —según lo califica ese comentarista mediante un terminacho cuyo contenido vale también la pena que desentrañemos sumariamente. Se llaman *moteles* —y de ellos están regados los caminos en Norteamérica y en otros sitios— a una suerte de híbrido entre hotel y garage al servicio del viajero motorizado, quien encuentra en ellos alojamiento y guarda para su automóvil y para sí mismo, con familia o solo, bajo la más personal forma que las condiciones técnicas de nuestro tiempo consienten. Lugar de breve posada, como las que en épocas pretéritas albergaban por una noche a los viajeros, pero compartimentada en células, ni crea vínculos emocionales con el lugar, ni apenas permite otras relaciones humanas que las de una anónima instrumentalidad. El suburbio, pues, sería para el hombre medio de la sociedad moderna, no otra cosa que un *supermotel*, mera etapa en el camino de su elevación en la curva social. Pues el lujoso suburbio viene a representar, a los ojos de quienes hacia él se dirigen, ese ideal transitorio para el que el señor Newman ha acuñado su palabrita cómica, fundiendo la partícula *sub* de suburbio, que suena peyorativa, con la resplandeciente voz *utopía* que, como todo el mundo sabe, apunta a un lugar muy deseable, pero —ahí está lo malo— sin existencia en parte alguna. Porque es el caso que el ideal de que *Crestwood Heights* viene a ser corporización, se muestra a final de cuentas más vano que ninguno otro. Es el ideal adquisitivo, en una situación de progreso técnico y económico tal, que el incremento de ingresos apenas comporta cambios sustanciales en el tren de vida, y por lo tanto se reduce a ofrecer un símbolo de prestigio social bastante insípido dentro de un contexto

humano atomizado, destituido de verdaderas jerarquías, y sometido a una movilidad frenética y casi grotesca.

Si el habitante de Crestwood Heights se esfuerza por deslumbrar a sus vecinos con una mejor casa o con más nuevos y poderosos automóviles u otras máquinas, y para eso trabaja con denuedo en este período de prosperidad, su mentalidad sigue siendo la misma que ya habían reconocido los Lynd cuando escribían en su *Middletown in Transition*: "La norma que regía el trabajo y el ocio en Middletown durante la depresión se sintetiza en la conducta de los comerciantes detallistas quienes, al decrecer los negocios, respondieron a la oportunidad de disfrutar más ocio manteniendo abiertas sus tiendas durante mayor número de horas. En otras palabras, hay aquí una comunidad cuyo vínculo consiste en hacer dinero. Sus tradiciones más profundas hacen del trabajo intenso la clave para superar los obstáculos. Se ha dicho que la Revolución Industrial dió a elegir al Mundo Occidental entre más hijos, más ocio o elevar el nivel de vida. Elige lo último, y los progresos tecnológicos así como la comercialización moderna muestran que no ha habido vacilación en esto. Para una tal cultura la depresión no ha tenido el efecto de invitar a la aventura desarrollando nuevos y fecundos modos de "vivir", sino que ha sido tan sólo una deplorable interrupción de la norma de trabajo existente. Donde quiera que ello era posible, se le hizo frente aplicando la vieja solución universal para cualquier tipo de dificultad: se trabajó mucho; y allí donde ésto no era posible, la gente se enfurecía, e inventaba diablos a su gusto para denunciarlos—, "los especuladores de Wall Street", "los financieros internacionales", "esos señores de Washington". Mantenían abiertas sus tiendas más rato, según algunos, porque "los judíos y las tiendas en cadenas empezaron"; pero, en parte, porque tienen dentro de la piel y está escrita en el cuerpo de sus instituciones la fórmula maestra: Trabajo - Dinero; con el dinero se compra ocio; No-trabajo = Pérdida de ganar dinero; y por consiguiente, pérdida de oportunidad de comprar ocio. Resulta así que una cultura pecuniaria, inclusive el ocio lo trasmuta a sus propios términos. Y en 1935, Middletown volvía rápidamente al trabajo, con afán, celebrando el término del desgraciado accidente de ocio producido por la depresión".⁸

⁸ *Op. cit.*, págs. 293-294.

THE ANTHROPOLOGIST STUDIES HIS NEIGHBOR

FRANCISCO AYALA

(Abstract)

Toward the latter part of the Middle Ages, the social structure was considered a fixed order. But with the crisis of the Renaissance came the idea that society, whose foundations had become insecure and open to question, could be organized according to rational norms. By virtue of this idea, which the absolute monarchs did little more than check, the present century and our generation has witnessed a grandiose attempt to shape society according to man's will and the subsequent failure of this effort. The historical approach which prevails today, at the same time that it recognizes the changing character of human society, negates the theory that social change can be controlled by man in the exercise of his all embracing freedom, because this freedom is itself limited by the concrete conditions in which it operates. Determining what these conditions are is one of the principal tasks of the social sciences.

In achieving knowledge of self, which is the true goal of sociology, anthropological investigation plays an outstanding part. The great anthropologists, who formerly concentrated their attention on exotic peoples and relatively simple societies, are beginning to examine their own society. With certain modifications, the method that produced such satisfactory results in the study of "simple" or "primitive" communities have been applied to the study of towns and cities considered as typical of some great modern nation, and consequently, of present day western civilization.

Outstanding examples of this tendency are two books published in the last few years: *The People of the Sierra*, by the English anthropologist J. A. Pitt-Rivers, the outcome of a three years' study of the Andalusian town Alcalá de la Sierra; and *Crestwood Heights*, a study of an upper middle class suburb in the central part of Canada. The differences between the two works do not rest entirely on the type of community studied—a "backward" little mountain town in southern Spain, on the one hand, and an ultra-modern residential development in the "progressive" environment of North America on the other—but on the reaction of the investigator to the object of his study. In the first case, an outsider confronts a closed or relatively isolated community which,

nevertheless, forms part of the same civilization to which the investigator belongs; in the second the investigating group is made up of individuals of the same language, nationality, and social class as the people in the suburb under study.

In the work on Alcalá de la Sierra the author has emphasized above all the conservative force existing in a community where many archaic elements continue to prevail, and where the pre-national still survives. For many readers it will be a surprise to learn, for example, how little national sentiment is present in the social stratum closest to the soil. Numerous sociological characteristics remind us of those primitive communities to which the anthropologists first devoted their attention.

On the other hand, the North American community called Crestwood Heights represents the highest state of evolution of western society and consequently the study is valuable mainly as a description of the evolutionary tendencies of that society. It reflects the preoccupations and aspirations of the upper middle class and describe that type of futile Utopia which an English author has called "subtopia". This is a new human development, prosperous and yet an instrument of the growing social disintegration. Its physical and functional dependence on a metropolis converts this mis-named community into a mere stage in the social elevation of those who compose it—a kind of *super-motel*, as a contemporary author puts it. The ideal of which Crestwood Heights is the embodiment is the acquisitive ideal, in a situation in which technical and economic progress are such that an increase in income becomes the symbol of social prestige. While the inhabitant of Crestwood Heights strives to outshine his neighbor and to this end works feverishly even in times of prosperity, his mentality continues to be the same as that already observed by the Lynds in *Middletown in Transition*, when they analysed the norms that regulate work and leisure in a middle class city during the depression. The Lynds concluded that a pecuniary culture ends by reducing leisure to its own terms, by making work, and consequently the money produced by work, a means of "buying leisure".